

LABORDE, P. (2005): *Les villes espagnoles*. Bordeaux, Presses Universitaires, 214 págs.

En la comunidad geográfica francesa han sido numerosos los estudiosos y sus obras interesados por España. Incluso, en un momento no lejano, era la geografía francesa la que ocupaba el primer lugar, sobre la alemana y en especial sobre la anglosajona, hoy prevalente, como punto de partida del desarrollo científico de esa ciencia en nuestro país. Y, en muchos casos, es aún la bibliografía gala un punto de referencia fundamental entre los geógrafos españoles. Sin duda, antes y ahora los departamentos de geografía de la Universidad de Burdeos han desempeñado un papel importante en esa relación franco-española. Un hecho del que la obra que reseñamos - *Les villes espagnoles* del Profesor Pierre Laborde - es un buen ejemplo. Y que tiene numerosos y excelentes antecedentes: *L'Iberia atlantique* (Paris, 1996),

Con sus escasas 214 páginas, este libro constituye una buena introducción al conocimiento de las ciudades españolas. Parte del principio de que la ciudad española, obra humana por excelencia, “tiene cierta especificidad que aparece en el conjunto del país” y que es el fruto de su “proximidad geográfica y de un largo destino común”. Aunque recuerdan en general al resto de las ciudades europeas, con las que tienen “trazos comunes de civilización y del cultura, ofrecen evidentes diferencias a causa de la “impronta musulmana” y también de su distinto “nivel de desarrollo socio-económico”. Una realidad que no ha impedido su pérdida progresiva de originalidad durante la segunda mitad del siglo

XX por su ingreso en la Unión Europea y “la influencia de una economía y una cultura más y más globales”.

En concreto, Laborde señala cómo la reciente transformación de la ciudad hispana ha sido paralela a una intensa urbanización favorecida por el gran éxodo rural de los años 1960 a 1980 que ha conducido a que, en conjunto, las ciudades españolas hayan ganado en esos veinte años más de diez millones de almas y a que un español de cada tres resida en “las siete principales aglomeraciones urbanas” existentes en España. Con ello, las ciudades se han convertido en el “motor de la sociedad” y en la base del “desarrollo económico y social”, provocando además un crecimiento extraordinario del espacio urbanizado y también “profundas mutaciones en los cascos antiguos”.

La conversión de la ciudad en el gran protagonista de la transformación del territorio ha conducido, observa Laborde, a la creación de una gran red urbana que, en principio comprende a todo el país aunque está claramente diferenciada en dos grandes áreas urbanas presididas respectivamente por dos urbes millonarias y multicomunitarias, Madrid y Barcelona, cabeceras y polos de las dos mayores áreas metropolitanas españolas - 4.9 y 4.3 millones de habitantes respectivamente. Un binomio secundado, según el autor, por otras cuatro concentraciones urbanas con centro en Valencia (1.3), Sevilla (1.1), Bilbao (0.9) y el núcleo central asturiano, a las que muy bien podrían haberse incorporado Zaragoza

y Málaga, que incluye en un tercer grupo constituido por diez áreas urbanas que oscilan entre 300.000 y 750.000 habitantes. En total, diez y seis espacios metropolitanos españoles reúnen a “dos ciudadanos de cada tres”, agregando que en las 55 ciudades de más de 100.000 habitantes existentes en el 2001 reside el 39 por 100 de la población total y el 63 de los “urbanitas”.

Mientras los tres primeros capítulos tratan de presentar los caracteres básicos y generales que conforman a la ciudad hispana como unidad, los cuatro siguientes están dedicados a la presentación de la evolución histórica del urbanismo español y, en especial, a analizar las peculiaridades de la ciudad hispana en el momento actual.

En la consideración de la historia de la ciudad española, se insiste especialmente en el desarrollo ciudadano a partir de la “urbanización racionalista de 1860 a 1950”, a “la planificación de la España franquista” y a “las políticas urbanas de la España democrática”. Es decir, a aquellos momentos y a aquellas acciones que han provocado, como en el resto del mundo, la explosión de la ciudad y también su homogeneización. Con ello, parece excluirse el hecho de que la Península, España, fue uno de los países del Viejo Mundo de más vieja urbanización y con más profundos contrastes culturales, precisamente aquello que todavía constituye incluso hoy la base de su originalidad y de sus peculiaridades.

Una exclusión mas aparente que real, ya que al referirse a los paisajes de la ciudad hispana y, en concreto, a sus “cascos urbanos” introduce lo que denomina “los legados de la Antigüedad y la Edad Media”,

insistiendo en que el Medievo dio lugar a la trama actual de la ciudad española y, por consiguiente, al componente principal de los cascos urbanos. Un hecho cierto en muchos casos pero no en todos, ya que no faltan aquellos en que ese componente es el fruto de la romanización tan significativa en el pasado de la cultura y, por tanto, de la ciudad española.

Sin duda, el papel concedido al urbanismo reciente, segunda mitad del XIX y todo el XX, justifica la importancia concedida, todo un capítulo, al impacto del fenómeno urbano sobre el medio. Tras insistir en la tremenda ocupación y destrucción del medio físico que ha significado, y aún significa, la expansión de la ciudad; Laborde señala cómo en muchas ocasiones tanto los callejeros como el caserío tradicional han desaparecido afectando lamentablemente a las ciudades no sólo de sus viejas raíces sino de su misma originalidad. Sin embargo, apenas se refiere a la lamentable creación de esa tremenda muralla de cemento y hierro que ha destruido una gran parte del litoral mediterráneo, en especial a las denominadas Costas del Sol (Málaga) y del Azahar (Alicante y Murcia) y está llegando ya al resto de la periferia española con el riesgo evidente de acabar con la misma base de una de las primeras actividades económicas nacionales, el turismo, tan ligado por un lado al binomio playa y sol y por otro al diverso y complejo patrimonio artístico y cultural español.

Como contrapartida, insiste con amplitud e inteligencia en las políticas de defensa y conservación de la ciudad antigua como una parte esencial del Patrimonio

Monumental y Artístico español aunque no tanto en las Leyes defensoras del medio ambiente y creadoras de Parques Nacionales y Regionales ni tampoco en el hecho de que España es uno de los países con un mayor número de designaciones en la Lista del Patrimonio de la Humanidad patrocinada por la UNESCO, entre ellas ocho ciudades de muy vieja raigambre y seis partes de otras tantas urbes, todas ellas muy representativas del pasado español, y ejemplos muy calificados del Patrimonio Cultural Mundial.

La obra culmina en un capítulo dedicado a la vida ciudadana en sus aspectos más amplios partiendo de la relativa oposición existente entre los espacios privados y públicos y en el hecho que esa vida tiene lugar en aglomeraciones humanas que son no solo lugares de trabajo y cultura sino espacios íntimos de alojamiento y no menos un lugar de encuentro y de fiesta en

el que el aumento del tiempo libre tiene sus consecuencias lógicas.

“Les villes espagnoles” de Pierre Laborde constituye, pese a su limitada extensión y a sus ausencias, a veces notables, una interesante y coherente aportación al conocimiento de la geografía española que, sin duda, servirá plenamente para la iniciación fuera de las fronteras españolas, incluso en un país con tanta tradición en el estudio geográfico de España como Francia, de la actual realidad española.

Una buena serie de ilustraciones y unos índices adecuados facilitan su lectura y su reflexión. En todo caso, afirma el autor, “conocer una ciudad - en este caso las españolas -, es aprender a conocer a los hombres y sus culturas porque la ciudad es el espejo de un país y del modo de vida de sus habitantes”.

*JOAQUÍN BOSQUE MAUREL*